

In memoriam Manuel Alvar: lo que él hizo posible

Se han cumplido diez años del fallecimiento de don Manuel Alvar y, por muy manida que resulte la frase, parece que fue ayer cuando todavía podíamos gozar de su presencia: de la sabiduría de sus palabras y de la humanidad de su trato. Para mi generación, Alvar forma parte del conjunto de nuestros maestros esenciales: los que constituyeron un ejemplo para la vida profesional y una guía para la personal.

Yo pertenezco a la primera promoción de romanistas —hispanistas más bien— (nuestro Plan de Estudios, iniciado en 1968, se ajustaba al modelo que iba a imponerse en seguida) que se licenció en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza en 1970. De modo que tuvimos como mentores fundamentales al que había sido ya uno de los maestros de Alvar, don Francisco Ynduráin, y a dos de sus compañeros: don Félix Monge, mi propio maestro (condiscípulo de Alvar en el bachillerato y en los dos primeros años de la carrera), y don Tomás Buesa, tan recordado siempre (amigo fraternal de Alvar durante toda la licenciatura). De Alvar nos hablaban, pues, cotidianamente, en clase, y no solo como una referencia bibliográfica obligada, sino, sobre todo, como alguien conocido directamente, respetado y querido.

La de Alvar fue, ciertamente, una promoción de estudiantes de Letras que se considera de oro, mítica. La que terminó los estudios de Bachillerato en el Instituto «Goya» de Zaragoza en 1941, bajo la tutela de José Manuel Blecua y de Eugenio Frutos, e ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras recién llegado a ella Francisco Ynduráin: con la formación de aquellos años, tanto en Salamanca (donde cursarían

Alvar y Buesa Filología Románica), como en Madrid (donde lo harían Lázaro Carreter y Monge), todos les darían sopas con honda a sus compañeros de especialidad.

Eran los jóvenes leones de la posguerra. Niños que habían conocido la mayor tragedia: la guerra entre hermanos. Tal vez por ello amaban apasionadamente la vida y querían emplear la suya volcados en la docencia y en la investigación universitarias, con fe en el futuro y con el convencimiento de que tenían ante ellos una tarea que merecía toda la dedicación, todo el sacrificio. Creo que estamos especialmente en deuda con aquellos maestros precisamente por la alta calidad y la fuerza interior — la fe y la esperanza — que imprimieron a su magisterio. Dieron continuidad, en condiciones realmente muy precarias (pero muy precarias), a la Escuela Española de Filología y, al mismo tiempo, se incorporaron (nos incorporaron) a las nuevas tendencias de la lingüística europea y americana.

Alvar hizo, así, posible la permanencia y, sobre todo, un extraordinario desarrollo de los estudios de Dialectología y de Geografía Lingüística en España, integrándolos en nuevos modelos teóricos (el estructuralismo, sobre todo). Su presencia constante y su autoridad científica en tantas y tan importantes universidades extranjeras y en los foros más destacados (por ejemplo, los Congresos de la *Société de Linguistique Romane*, de la que fue presidente) constituyeron durante la segunda mitad del siglo veinte (y muy especialmente en los años cincuenta y primeros años sesenta: cuando no era fácil ni frecuente salir fuera) el mejor aval para los filólogos de nuestro país. Él nos enseñó a trabajar sin descanso. A salir al encuentro del español a lo largo y ancho de España, y, sobre todo, en toda América. En todo el mundo. Lo que significa, paladinamente, salir al encuentro de sus hablantes: de los hombres y mujeres que integran las comunidades de habla hispánicas, con los que Alvar supo ir desvelando la precisa y verdadera faz de nuestra lengua.

Alvar representa, de otra parte, en consonancia con su generación, al lingüista y al filólogo de amplio espectro. Una personalidad científica irrepetible. En su extensa, inmensa, obra científica descubrimos, por supuesto, al dialectólogo, pero también al historiador de la lengua, al editor de textos medievales, al sociolingüista, al lexicólogo, al historiador de la literatura, incluso al creador literario: al maestro en el conocimiento riguroso de la lengua española y de su matizada variación.

Junto a todo ello, está su labor docente: su importantísima proyección en tantas generaciones de estudiantes universitarios, y muy especialmente en sus discípulos. Y su labor pedagógica social a través de tantas publicaciones periódicas de carácter divulgativo.

Pero lo que más me impresionó (y conquistó) siempre de la personalidad de don Manuel Alvar fue su capacidad para armonizar todas las excelsas cualidades destacadas con una vida personal y familiar verdaderamente admirables. Él y su esposa, Elena Ezquerro, formaron una pareja realmente maravillosa. Y transmitieron su espíritu de superación, su incansable laboriosidad y su alegría de vivir a siete hijos estupendos. Y no solo eso, yo creo que Alvar logró formar también una familia científica: él unió y entusiasmó a colegas y discípulos para la realización de los diversos proyectos que dirigió (especialmente los atlas lingüísticos de diversas áreas de España y América), y eso, a mi juicio, solo se logra si verdaderamente está sostenido por el respeto, la confianza, la autoridad moral y el cariño que despierta el maestro al que se siente, al mismo tiempo, amigo y, en cierto modo, padre.

Alvar es, así, uno de los representantes más conspicuos de la última generación de maestros de la Filología Española. En la nueva sociedad del conocimiento, con la especialización científica que hoy muestran las disciplinas universitarias, no son posibles ya figuras como él. Considero, pues, un privilegio haberlo conocido y, sobre todo, haber podido tratarlo con la confianza y el afecto con los que tanto él como su esposa (siempre unida a él) me distinguieron.

María Antonia Martín Zorraquino
Directora de la Cátedra «María Moliner»
(Institución «Fernando el Católico»)